

7 de julio de 2022 - Jueves de la 14ª semana par

[Oseas 11:1,3-4,8c9; Mt 10:7-15](#)

Homilía

Lo que Yahvé dice sobre su pueblo Israel en el hermoso texto de Oseas que acabamos de escuchar como primera lectura puede aplicarse con la misma facilidad a cada uno de nosotros como individuos o a nosotros como comunidad. "Cuando Israel era joven, lo amaba". Dios nos amó primero, mostrándonos un amor tan tierno como el de una madre por su hijo, o el de una nodriza por su bebé.

Es una oportunidad para que volvamos a ser conscientes de todas las muestras de amor que hemos recibido de Dios, y para que demos gracias por ellas. Al mismo tiempo, debemos darnos cuenta de que, al igual que Israel, no estamos a la altura del amor que hemos recibido. No siempre hemos reconocido lo mucho que Dios se ha ocupado y se ocupa de nosotros. El reconocimiento tanto del amor de Dios como de la insuficiencia de nuestra respuesta es el punto de partida de cualquier movimiento de conversión, ya sea individual o comunitario.

No hemos sido enviados a los caminos para curar a los enfermos, resucitar a los muertos y expulsar a los demonios, como lo fueron los discípulos de Jesús en los caminos de Palestina. Sin embargo, nuestra vida individual tiene una dimensión igualmente apostólica. Por eso estamos llamados al mismo desprendimiento radical: para ir a Dios no necesitamos ni oro ni plata, ni bolsa para el camino. Sobre todo, no necesitamos ninguna de las certezas que nos creamos y a las que nos aferramos. Seremos agentes de paz para los que nos reciben -es decir, para nuestros hermanos y hermanas con los que convivimos, y para todos aquellos con los que nos encontramos cada día- en la medida en que seamos verdaderamente libres de toda atadura.

Pidamos al Espíritu Santo que queme todo apego a nuestras falsas fuentes de seguridad y que llene nuestros corazones con su amor, para que podamos amarnos unos a otros con el mismo amor con el que Él nos ama.

Armand Veilleux